

GABRIELA MISTRAL: LENGUA Y ESTILO

ALFONSO CALDERON

Todo comienza con el ruido del viento de la noche, en el valle de Elqui, el perfume de la fruta, el color y el centelleo de la luz en las piedras, y esas "quijadas" de las montañas, que son cien o más -como ha dicho Gabriela Mistral, esa "niña huraña como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor de sol"- . Sí, el viento, por el cual ella sentía un gran amor, porque lo consideraba "más espiritual que el agua". Así, deseó tomar un nombre de viento que no fuese ni "huracán" ni "brisa", como lo dijo en una oportunidad. Y halló la respuesta, permitiéndose desviar aquella idea de la pasión intelectual por la lectura de "Mireya", del escritor Federico Mistral, ese hombre de Provenza que recogió el espíritu volandero de su tierra.

Al dar las vueltas las páginas de la "Geografía" de Eliseo Reclus, ese hombre que fue formidable luchador en las huestes del anarquismo y enamorado de la naturaleza, encontró la niña una bella descripción del viento "mistral" y adoptó el seudónimo. De los labios de la abuela, salía la Biblia a borbotones. Gabriela Mistral encontró entonces "el Libro" y no quiso privarse de su frecuentación. "Cuando yo era muy niña -contó-, conservaba viva aún a mi abuela paterna. Era una mujer ancha, vigorosa, físicamente parecida a mí. Decía mi padre que su madre era capaz de leer el futuro en las estrellas. Yo sólo sé que era una mujer enigmática, muy silenciosa. Se mantenía casi constantemente recluida en su dormitorio, y mi madre me ordenaba todos los crepúsculos que fuera a hacerle compañía".

La abuela era una convidada del cielo. Se estaba sesteando en las jornadas del calor de Elqui, en medio del sonido de los moscardones y el perfume que venía de las laderas en donde se exaltaban las frutas. Su abuela estaba sentada "en un sillón rígido y yo me sentaba en una banqueta de mimbre. Ella me alargaba su Biblia, muy vieja y muy ajada, y me pedía que le leyera. Siempre me la entregaba abierta en el mismo sitio, en los *Salmos* de David". Leyó y releyó y el cuerpo se le llenó de esa música indecible, que alguna vez se cantó en Judea y en Samaria. Al comienzo, no entendía bien lo que contaban y repetía -como lo ha dicho- en la forma en que lo haría "un loro balbuceante". Después, sintió cómo se infiltraban "la poderosa cadencia y fuerza de aquellos símbolos. Entonces, bebiendo la sabiduría milenaria del

libro sagrado, hice de la Biblia mi libro predilecto. Y desde entonces, como no encuentro en las oraciones corrientes la belleza y armonía de aquellos salmos, rezo con los versos de "Nuestro Padre David", como decía mi abuela".

No era fácil salir al camino y ponerse en lucha interminable con el Angel de la Lengua, sin dormirse, poniendo la cabeza -y el oído- en esa piedra que fue almohada. Todo artista vacila al proponer una meditación sobre el oficio. Le teme a cuanto asoma más allá de la música para convertirse en idea a principio, y hasta duda, al modo del obispo Berkeley, acerca de qué hay en la naturaleza de realidad objetiva. Se manotea en el vasto vacío. Se salta sin red desde muy alto, cuando no se puede volar en ascenso constante, como San Juan de la Cruz o Santa Teresa, o fray Luis de Granada.

Gabriela Mistral habla de un tiempo en el cual ella se "peleaba" con la lengua, "exigiéndole intensidad", y solía oír, mientras escribía, "un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma". El ritmo se le presentaba -en la lengua- como una forma olvidada o, tal vez, perdida, en un mundo que era preciso ir "leyendo", con la Caída y todo lo que arde y se consume. "Tal vez -llegó a escribir- el pecado original no sea nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano".

Admira en la naturaleza el surco, ese verso escrito en la tierra como si lo hubiese trabajado un lírico de Grecia o de Roma. Y se solaza en las formas del cristal, en el canto de los hombres del trabajo. Oye a los ríos y escribe con deleite y hermosura: "Los ríos que hacen sobre sus versos ágiles, garabateo loco en la pizarra del mundo. Los ríos pesados que alcanzan el verde como una nobleza marina". Y examina amorosamente "los pequeños ríos grises, que van con plumón erizado de pájaro nuevo", esos ríos chilenos "que bajan con ajorcas rojas de los cerros y que las rehacen en el valle para la danza; y abajo que palmotean la cara absorta del paisaje". Y por cierto que nos está hablando de esa forma musical, de ese estilo de la naturaleza que viene del hallazgo de los ríos Turbio y Claro, en un bajar sinuoso por el valle de Elqui.

Muy temprano, usando plenamente de los sentidos, cruzándolos en variaciones, nos dice que ve la lengua "como el Donador del retablo flamenco, hombre maduro pero con la mano lozana, cada vez empinando el don nuevo". No hemos olvidado a la Mistral cuando, al pasear la vista en cada cuadro de Memling, en el hospital belga de Brujas, hemos podido ver, de asombro en asombro, unos mártires que se parecen a los que deja escritos en "Tala". Desde la virgen al esclavo, desde el soldado que se arrepiente al ángel que se asoma para tomar el alma y llevarla pronto, sin más, en volandas, al cielo.

Siguió leyendo, a pinitos -como le gustaba decir-, y en la sed del volumen venía la gran pasión de un leer que es un modo de ceñirse en el hallazgo del mundo. Fue Bernardo Ossandón, un hombre de La Serena que amaba a los seres humanos y a los astros, que leía a Flammarion y a los clásicos, que oía retumbar los golpes nuevos de la ciencia, capaz de haberse adelantado a Borges, constituyéndose en regente de la Biblioteca de Babel, la envió de golpe sobre un libro. Nada menos que el de los "Ensayos", de Montaigne, hermoso texto que lleva a paladear las cosas de todos los días sin asco ni repulsa. La fascinó el olor de esas páginas, siguió la ruta del color, recompuso cada día del alcalde bordalés y pudo admitir que todo allí era lengua

del día y de la noche, de las sensaciones y de la modestia, del ver y andar constantes. "Me fascinó para siempre -explicó alguna vez- el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman *conversacional*, y ¡qué lujo fue en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordalés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucedidos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre!"

La ciñe ese ímpetu carnal del libro, esa voluntad de la página por ir al encuentro de un par de ojos proponiendo la fundación de un orden pasional, secreto, ausente de la noción de las paradillas en la vía. Es difícil dejar de ser lector y ponerse a escribir, con el *Digitus Dei* que nos señala una sola vía. Nos abarca esa "pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva".

Desde niña, vino oyendo en los Salmos la poesía mayor de la naturaleza humana, y supo que era preciso poner oídos finos al Libro de los Libros, con el fin de distinguir los tonos de los semitonos, la poesía mayor y la veladura hecha sobre la piel del drama humano. Al hablar de las hermanas Bronté, Gabriela Mistral dice que hay algunos que "chupan del libro el tónico seco de Salomón, otros tienen con Isaías sus apretaduras y sus descansos jugosos, y el puritano ciento por ciento parece clavar su gusto en la porción mosaica". Por algo, le parece que el padre de las Bronté, ese Reverendo tan duro, patriarcal y férreo "ha hecho sus huesos de la piedra pómez que forma el Libro de los Números y el de los Preceptos".

El idioma acude con la lengua materna y con el peso de Gea, la Tierra, esa gran matriarca abarcadora. Gabriela Mistral dice que emprendió, desde muy niña, la lectura de las montañas, de las piedras, del cielo, de los ríos y del trabajo. El oído infantil se acostumbra a un ritmo, que ya no viene sólo de un mecer al niño, sino de irle hablando a diario, en voz alta, hasta que sepa hablar y junte -según dice ella- "palabritas como vidrios de colores". Viene, entonces, la madre y pone una "oración leve en medio de la lengua", y allí se habrá de quedar "hasta el último día". El Dios Escondido se convierte en palabra y mediante ella se renace cada día con la oración, porque con ella "pedimos cuanto se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre el mundo: se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor".

No sólo el habla de la madre, sino que el lenguaje de las cosas y de los oficios va superponiéndose en el gran amasijo. No olvidó la autora de "Tala" que el minero de Atacama y Coquimbo "habla en su vejez con un ritmo que no tenemos los de arriba, con las subidas y bajadas de la barreta salvaje y musical, y a mí me parecían sus hablas unos *arros* y unas *nanas* muy extraños cuando los oía en las noches de Elqui, a la orilla de la fogata. La barreta les *pena* en la garganta diez años después de que la dejaron". Y hay un hablar que recoge el ser de la naturaleza, con dejos de un panteísmo que ordena sus mitologías. Cuando ve al gran viejo que fue Juan Francisco González, "menudillo como el Tlaloc azteca", lo halla parecido al espino, tan punzante y tierno, y así lo lee sin perder de vista la voz: "Don Juan Francisco Gon

zález hablaba como el olivillo de la Cordillera tomado de la llama; se encendía de golpe y hervía en colibríes de fuego que a más de uno le ardían las ropas".

Al hablar de la lengua no se convierte ésta en un ícono o una entelequia que los pueblos adoren por menguado culto a la tradición. Gabriela Mistral ama la expresividad del habla popular, porque está siempre "como picada de especias y esencias", y sigue ardiendo el ser de ella, porque "ninguno se durmió nunca oyendo pueblo pescador o leñador. Y si hablar es aludir, interesando mentar de veras las cosas y dando testimonio de ellas, ese hablar completo correspondería al pueblo y no más que a él". Por otra parte, se trata "de lengua y no metal o sales de farmacia: es decir, se habla de la relativa pureza de las cosas vivas que no pueden estar nunca microscópicamente aseados. Nos libre Dios de la lengua pasteurizada que se les ocurre hacer y servirnos en botellas de cristal a los puristas de tomo y lomo. El idioma no existió nunca ni va a andar jamás en vestal de tiza por los caminos y baches de una región. La tal lengua, como los arquetipos, está sentada en una Sara bíblica de sal sobre el cielo empíreo del académico y no la vamos a ver nunca rezando en una iglesia ni haciendo el amor en un banco de plaza. Cuando esa lengua ha llegado, por mala ocurrencia, a caer en un libro, ese libro se leyó en un grupo de maniáticos y no pasó de allí su aventura".

Se distrae de amarguras, si fija una lengua-Anteo, apegada a la tierra, y ahuyenta los pesares relejendo el Evangelio, tomándolo siempre como una fruta nueva, un "primor" de Elqui. Del Libro adora "la llama del aceite sin ambición", en la catedral, y sabe que los Evangelios son luz y palabra. Alaba, entonces, "la llama sin ningún ímpetu que es la confidencia de Cristo, que no alcanza a palabra y ni a sílaba". Por las líneas que Cristo trazó sobre la arena, se puede sacar el hilo hasta dar con la llama que puede incendiar la montaña, en procura de una lengua que se convierte en espíritu. Sin embargo, no recusa el desdén para con el pecado -y no por el pecador-. El más violento de todos, el pecado original, es "la idolatría de las palabras", y en lucha con él va haciendo la vida, palmo a palmo.

Sabe -y en ello hay teoría intensa- lo importante que resulta del nombrar las cosas. Se trata de hundirse germinalmente en la nominación, en un decir sin aborrecimientos, en la lengua viva. "Nombrando hacemos confesión sobre nosotros mismos" -dijo una vez en alabanza de Alfonso Reyes-. En el gran humanista mexicano ve el "gusto prócer de componer sin jadeos" y le importa su modo de disimular el magisterio, evitando que la cátedra sea un trono o una fortaleza. Se envanece pensando en la importancia de la sobriedad, y la admite como un parecer y un ser del castellanismo, que es, al mismo tiempo, un varapalos sobre el cuerpo de la abundancia -ese tono de la rana hinchada de la fábula, cuando aspira a convertirse en lo que no es, el buey-. Lo que pesa en el español es la hidalguía permanente del habla, porque eso lleva a condecir con la ausencia de ostentación, porque castellanos son -dice- "el gesto sobrio, el sobrio bienestar y hasta el odio sobrio".

Allí está, en la Mistral, la disposición necesaria, ésa de agradecer a quienes supieron "nombrar para todos los tiempos", y dice que el suceso más grande de las cosas, después de existir, "es ése de ser llamadas precisamente". Al descubrir lo nuevo, pedimos de inmediato, por curiosidad y deleite, el nombre de las cosas: "En cuanto tomamos contacto con lo nuevo, el primer ímpetu es de hallar la expresión que lo diga con sencillez; sólo entonces sabemos que, en verdad, no poseemos la Palabra, y la pedimos. Para mí no han sabido nombrar las cosas sino los místicos, que las punzaron hasta la entraña, y los poetas primitivos, los llenos de inocencia".

Se va a ocupar, a menudo, en un "desentrañar" desde la entraña misma, y por ello husmea llanamente en la América primordial, en los modos de mentar, en el rigor y la fuerza de quienes designa como "bautizadores". Se detiene a mirar por todos lados los nombres aborígenes de Chile, de Bolivia, del Perú, de Brasil o de México, y va ocupándose del viejo problema de la adecuación posible entre los dos bultos: el del objeto y el de la palabra que lo designa. Así, puede uno hallarse con "sílabas muy líquidas o con unos vocablos anchos como *Guanabara*, que valen por el despejo de la bahía, o con el apelativo *Yabuticaba*, que da el olor especioso de un árbol". A poco andar, pide a los filólogos, aunque más bien habrá de ser ocupación de los fonólogos, averiguar acerca de la "ciencia musical" no superada "que corre en vocablos aztecas o guaraníes, en unas cuantas *x* nobles, en unas *l* espirituales y en unas *ch* tónicas".

De José Martí nos dice que él "comió del tuétano de buey de los clásicos", pero se conduce de la existencia en su prosa de un maridaje extraño, al advertir "un Víctor Hugo corregido de su trompetería por el trato diario del Montaigne doméstico". Pese a que ve en sus escritos -que tienen un extraño parecido con la prosa mistraliana de los "Recados"- la obstinación venida de los "epítetos extremosos", se consuela bastante sabiendo que "aunque los administre de más en la oración, no se le engrasa y le salta viva como el lazo venteado del gaucho". Sabe bien que la lengua no sólo es algo tan bello como un tejido de mujer quechua, atenta al color y a la vida numinosa que viene de las señas de la urdimbre, pero le interesa que toda se oiga de verdad, sin tacha alguna, menoscabando los afanes de la retórica o de lo que viste bien. Así, se ocupa siempre de tener a mano el antídoto que le evite la rotundidad.

Se asusta del amor por una abstracción, la de la forma en sí. Y, al leer "Chile o una loca geografía", le dice a Benjamín Subercaseaux: "es costumbre en el sudamericano que el cuidado literario se deslice hacia lo formal, y esto a la inercia de frase y períodos; pero en usted el dinamismo no se relaja, no flaquea y se le siente al ácrilo en los repechos, alegre en las *bajadas* y dichoso siempre.

Los escritores de viajes olvidan que su lengua debe parecer una marcha y a veces una cabalgata". Le interesa, además, ver el filtrar de una lengua, adivinar el modo cómo se escurre en una especie de búsqueda del origen. Le resulta extraño hallar, en la lectura de los poemas de "Residencia en la Tierra", de Neruda, "un estruendo tumultuoso y un pasmo de nirvana que sirve de extraño sostén a ese hervor". Adivina el impulso del magma, la fuerza de lo que llama "el aluvión lingüístico" de la poesía nerudiana, fruto todo -según cree- de que la "arcilla indígena" se puso a hervir "al primer contacto con el Asia".

Desde el hondón del alma le viene una irritación producida por el calofrío del son de Ercilla. No quiere oír de esa loa compuesta "en las piedras de talle de las octavas reales", y reniega de un masticar "Íliadas y Odiseas para reforzarse el aliento. Ve "La Araucana" tan sólo como "artesanía desperdiciada", puesto que "tocada por donde la tañan, no suena a plata cristalina de verdad" y tienen más bien el aire de "esas campanas de palo que hacía cierto burlón". En cambio, al oír en viejos discos las canciones araucanas, encuentra el tono verdadero de la "preciosa lealtad a sí mismas. El ritmo del cantar mapuche, reproducido en la "bendita máquina fea", van pasando sin que sienta del habla al canto, del cantar al contar, volviendo el habla pura por tocar la tierra en el corazón de una asunción mítica de la realidad. "Me hacen pensar -escribe- en que el habla legítima del hombre pudiese ser esa

mixta que escucho, conversada en las frases no patéticas del relato, y trepada a canción en cuanto el asunto sube en dignidad, se vuelve intenso, y entonces pide lirismo absoluto".

Lo criollo que suele venir por añadidura en los nacionalismos estentóreos, se le viene a Gabriela Mistral encima como un hallazgo, como una certidumbre brotada de una modalidad de epifanía. Se sorprende de cómo las latencias se desocultan revelando la sabiduría del mundo. "¿No son acaso de enorme precisión y de agitada belleza los términos que emplea para definir el quehacer de Marta Salotti, alabada ante ella por Pedro Henríquez Ureña, como si agitara los brazos para abarcarlos todo, de una sola vez?" ¡Qué esplendidez en la búsqueda del metabolismo de la metáfora total! Explica que ella, Marta Salotti, se trae "de adentro" nada menos que "el agro nacional", o, si se quiere "las motas negras del *humus* franciscano, autor del trigo; los siete cereales que dijo alguien a quien olvido; la hierba olorosamente magullada; algunas crines bravas y sedosas que son dejos del gauchismo; muchos caracoles de Miramar, y los largos rocíos nocturnos, hálito casi divino de una tierra, por cristianizada, humanísima". Por si ello no resulta suficiente, agrega a la descripción pormenorizada una voluntad de excusa por el manejo del símil: "Yo me duelo de que todo esto parezca símil -escribe-, pues no hay tal: mi colega habla así, como escarmenando un cordero invisible de estancia, y el que oye le recibe todo eso revuelto, vivaz y recién cortado".

Sin tardanza, busca explicaciones y formas que parecería ligeramente inexcusable denominar "entendadas" -de *antenatus*-. Vale decir, las que arrancan como las mismas palabras "surco", "verso" o "cultura" de la misma tierra. Hablando del clasicismo de la prosa de Juan Montalvo, sin solazarse especialmente en "Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes", recomienda a los jóvenes seguir el ejemplo de la poesía de Andrés Bello, con el fin de escribir las "Geórgicas" mirando a Virgilio, pero cortando la caña, el algodón y el banano, donde él cortaba el trigo y vareaba el olivo. Les pide que canten al Pacífico, "vacante aún de alabanza", al salir embellecidos interiormente por los versos de la "Odisea", y solicita que cada joven recoja, baya por baya, "nuestro enorme folclore indígena"! Sin perder, eso sí, de vista la lengua española, aquella a la que Berceo "ayuda y no daña", sin olvidar los "semillones" que es preciso fecundar con Lope y Gil Vicente. No hay que traicionar a Montalvo. No más ir "pisoteando el latín por furor democrático", y tener a mano el "castellano prócer", legado de Montalvo, "tan ancho de vocabulario como el botín de César".

Si conversa con Teresa de la Parra, la autora de las "Memorias de la Mamá Blanca", se entera de cómo va forjándose, en el habla, una modalidad del español. Parece que la lengua "tuerce la vereda" y se "calienta, se hace donairoso; se sudamericaniza a ojos vistas, como un faisán de la costa que saliese pluma a pluma de la masa del follaje". Descubre en ella a los clásicos españoles, ésos que llama "antirretóricos": los Luises prosistas, "su Santa Teresa y su Arcipreste. De allí vendrá el hilo de agua de un castellano "limpio y fácil como una arcilla blanca, como ese kaolín que suda la buena porcelana, que la lengua perfecta es como la sangre, en el correr sin atajo de arenilla por la vena breve y suficiente, y que esta sangre nutre sin alharaca, se acuerda una, de tarde en tarde, por escritores como Teresa de la Parra. Engaña la facilidad de su párrafo con que la lengua es función natural".

En una nota puesta a su "Nocturno de la derrota", se refiere a la importancia que le concede al cañismo, sin fijar la lengua en la voltereta pasatista. "No sólo en la escritura sino también en mi habla -anota-, dejo por complacencia mucha expresión

arcaica sin poner más condición al arcaísmo que la de que esté vivo y sea llano". No se trata de ameritar la voz muerta, en un proceso de "descongelamiento", sino de aquilatar la vida actual del término.

Ateniéndose a su existencia que se niega a verla en evanescencia. Su "dejo rural" la acompañará siempre, pues su comportamiento de criatura verbal se apoya en el decir del pueblo, "la mejor criatura verbal que Dios crió, quien avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído".

Sintió, en verdad, repulsa por una lengua "manida y barbilinda". Mariano Picón Salas dijo que ella eligió trabajar el idioma como si se tratase de "una vasta tela familiar". En un "Colofón" que ella puso a "Ternura", dice que un español tiene siempre derecho para hablar "de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada. Pero ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastados con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar la posesión del sobrehoz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir de "pe a pa" lo que vino en las carabelas lo es también". Y nos prometía réplica -o dúplica- con el fin de ordenar los datos del problema de ese "conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el colonaje verbal".

Amante feroz del idioma, en cuanto oye que alguien usa el molde extraño, se encabrita, pidiendo pensar en español. Así le ocurre con Victoria Ocampo, "hija infiel de la lengua española". Le parece a Gabriela Mistral que su amiga, la heroína de tantas empresas intelectuales llevadas a cabo en la revista "Sur", "ignora hasta hoy el malcasamiento que hace una apasionada mujer de verbo español, diciéndose en francés", y exclama irradísima: "es fenómeno semejante al de las herejías: el infiel vive la tragedia de lo que llama el pueblo *el amor partido*... Porque realmente *la otra*, la renegada, sigue viviendo al costado nuestro, como la barragana asida al amante; pero la esposa -o si se quiere, la Madre- está sentada a mitad de la vida y, en el grito de alegría, ella es la que salta, dueña y señora de la garganta nuestra, como que ésta es de carne, y en cuanto a tal costumbre, tenaz y grave, manda y gobierna".

Siempre la lengua, el lenguaje y el habla. Y sin embargo, hay un momento en el cual se deja traslucir su constancia de la razón en una búsqueda de esas raras maravillas que son las explicaciones fónicas. O a veces, trata de dar explicación de cuanto forma parte de un oído de caracol puesto sobre el mar del idioma. En su célebre "Recado sobre el copihue chileno", salta en defensa de la *h*, evitando el bautizo francés que no miró su "piel india". "Quédese en los textos escolares -anota- el apellido latino; dentro de Chile no se llamará nunca sino *copihue*, mejor con la *h* que con la *g* que algunos le dan (la *h* aspirada, bien querida del quechua-aymara, es más área que la gruesa *g*; parece el resuelto de la cosa nombrada, la acaricia y no la daña)". Así, somete al nombre "galo-latino" de *Lapagaeria Rosea*, a los enviones y al relumbrón para que tropiece y caiga de verdad en el cuerpo viviente de un español que no se distrae de nombrarla a cada momento con la voz muy simple y sonora de *copihue*.

Al oír, en una ocasión, las clases de Samuel Gili y Gaya, siente que él habla "en un tono de oro viejo, deliberadamente, sin brillo y con una nobleza hecha de reposo, de buena pronunciación y de suave calor sostenido". Y se encarga Gabriela Mistral de mirar aquello que está oculto, de volverse nominativa atendiendo a buscar las

muy griegas latencias, las cosas que están ocultas en la lengua, al calor de las lecciones de Gili y Gaya, quien pasa a ser entonces "el de la brasa cubierta, que está presente no estando desnuda".

Metida ya en la manigua de la lección, oye al maestro en el curso de fonética e intuye el problema: "pecando de pecado fonético vive nuestra raza entera, no sólo en los Buenos Aires ultramarinos, sino en las Andalucías y en las Galicias peninsulares, y habría que recetar un curso de Fonética a cuanto criatura habla *español aproximativo*, que es el único que hablamos". El resumen es muy bello y magistral. Dice que Gili y Gaya va anotando los fenómenos con "rotundidad cirujana", todo cuanto hay de mutilación y mala vida de la palabra, "en nuestras diversas provincias lingüísticas", cuestión que lleva a cabo "como quien maneja en un mapa una línea isotérmica".

Así, de cuerpo entero, acodada mirando el mundo verbal y sus mimos, siguiendo el avance de la progenie en el curso de la historia de la lengua, lo ve conducir "la vocal y la consonante desde Castilla fijadora hasta los países brrroneadores del sonido limpio". La conclusión es espléndida: "no se me había ocurrido a mí, artesana de la pura palabra escrita y aprendiz de la hablada, cómo el destino de vocales y consonantes pudiera tomar, para cualquiera de oreja honrada, un interés apasionante de odisea musical y levantar un anhelo grande de dignificación auditiva de la lengua. La curva de la barbarie fonética se ve tan clara, el estropeo del sonido noble aparece tan visible, que yo voy sintiendo, a medida que el profesor avanza, una angustia insospechada: la angustia de la lengua neta que se aniega, de vocales de oro que se apagan y de consonantes que se vuelven irreconocibles, entrándose en parentescos dialectales o sencillamente volviéndose otra cosa".

El asombro no va a torpedear el universo físico de su poesía. Con la toma de conciencia del hallazgo, surge un despertar. Y en los viajes, el oído atento la va a conducir a eso que, en el nivel profano, puede reconocerse como una especie de revelación. En el hermoso Puerto Rico, la lengua tiene un carácter esencial. Se da a manos llenas a quien quiera oír noticias de las voces, al solo enunciar la oración o al moverse sin temblores en el fuego de la frase, en el reverdecer de un párrafo largo. "La lengua ha de escribir- no se me queda sin decir, la vieja habla de Castilla guardada en los recovecos de las colinas, más pura que en nuestros valles abiertos de la América del Sur, donde la tradición se evapora con las aguas a ojos vistas; el viejo español pimentado de no sé qué clavos de olor costumbristas que no se hallan sino en la Isla Real (Puerto Rico), con no sé qué anises de familiaridad que los pueblos duros del Sur hemos perdido y que el acucioso Navarro y Tomás va recogiendo aldea por aldea, como recogen los hijos las prendas de la madre en casa de parientes, donde bien se las guardaron".

Sin embargo, hombre y mundo no deben hacerse con la lengua un mero botín de guerra, sino adecuar el patrimonio, potenciando la tradición, pero además algo que lleve, en plenitud, desde la alteración al ensimismamiento. Hay una especie de arrobo que provoca la santidad y la dulzura de la lengua, el concierto de sus voces, el poder vivificante que hallamos en sus claves. Lo dice sabiamente Gabriela Mistral cuando expresa que "mejor que la carne de la lengua es todavía el dejo con que se la dice, la garganta enmielada por donde ella pasa perdiendo durezas de hierro peninsular que no cabe aquí, en una luz tan dulce, y que no sirven en razas sin soldados y sin pujo voluntarioso".

El elogio de la lengua se convierte en recado sobre el espíritu del trópico, sobre la dulzura, semejante al aliento fundador que mueve a prisas a Santa Teresa, al espíritu de caballería a lo humano que honra a Cervantes, al placer que arranca de la Palabra que lleva mayúscula como un ensayo para nombrar lo eterno. Así, podrá decirse la Mistral que en ninguna parte oyó "más tierna la santa lengua" suya y, habiendo vivido entre tanta gente, "ninguna me bañó como ésta el corazón de las mieles morales de la casta. Para que yo entendiese hasta dónde llega la dulzura del idioma, cuando él quiere; hasta dónde él, que hizo el bronce cuando en trance de bronces, hace el óleo y se puede pasar si la ocasión es de piedad, al bálsamo consumado de la consolación".